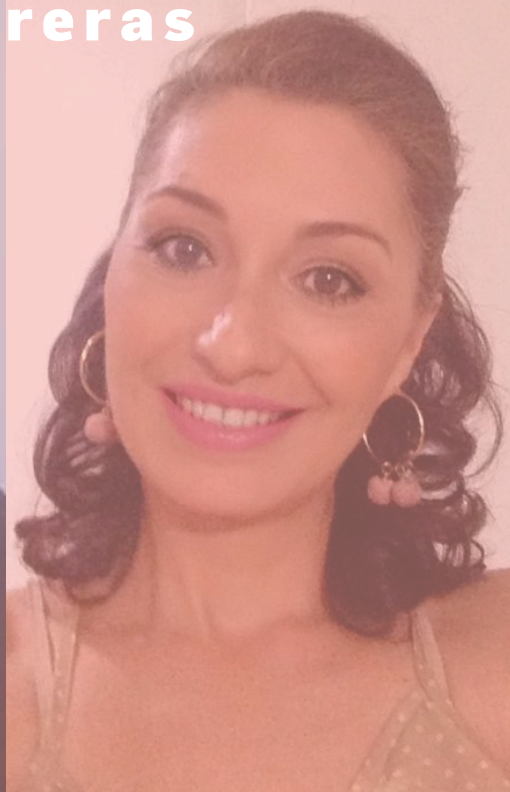


Sobrevivientes y guerreras



6 mujeres cuentan sus historias sobre el cáncer



**LA DETECCIÓN
TEMPRANA PUEDE
SALVARTE
LA VIDA**

Presentación

Este libro digital es un homenaje a la vida. A través de 6 relatos de sobrevivientes de cáncer, podemos comprobar que para ir a la guerra, primero se debe ganar la batalla. Y esa primera batalla es con nosotros mismos, nuestros pensamientos, emociones y acciones.

Todas y cada una de las mujeres que aquí nos cuentan su historia han podido comprobar que la fe mueve montañas y la buena cara ante la adversidad es una de las herramientas más poderosas que tiene el ser humano para salir victorioso de cualquier situación.

Desde Brahma quisimos dedicar esta campaña #BrahmaGuerrerasRosa a todas las personas que han batallado contra el cáncer de seno, pero también, contra todo pronóstico, contra toda falsa creencia y contra toda debilidad.

Este libro es para ustedes y todas aquellas guerreras, y porque no decirlo, guerreros, que nos inspiran y nos animan a vivir cada minuto con intensidad, como si fuera el último y el mejor. Porque la vida es un milagro, y para contarla, se requiere haber vivido con pasión y entrega.

Amalia Guerra



“¡La cuarta es la vencida!”

Con 86 años, Amalia Guerra de Anaya ha tenido que atravesar el cáncer en cuatro ocasiones. Es tan fuerte como un roble y absolutamente nada le ha quedado grande, pues asegura que Dios le da fortaleza para soportarlo todo.

Cuando tenía 40 años, ya casada y con 5 hijos, fue diagnosticada de cáncer cervical, un tumor maligno en la matriz que la llevó a someterse a una cirugía para permitir su extracción.

Su vida continuó como si nada, pero justo en el momento en que su esposo, Alberto Anaya López, estaba gravemente enfermo como consecuencia de una cirrosis hepática, Amalia sintió una bolita muy pequeña en su seno derecho.

La preocupación por la situación de su esposo y la necesidad de cuidarlo, hicieron que dejara pasar el tema y no visitara al médico. Sin embargo, a los 20 días de haber fallecido su marido, Amalia visitó al Oncólogo Rafael Cogollo, quien le dio la noticia que la dejaría con un dolor aún más profundo: la biopsia había dado positivo y como la masa había crecido, era necesario extirpar el seno derecho.

Ella no dudó en realizarla cuanto antes, pues sabía que a sus 72 años ya había hecho todo lo que deseaba y no tener un seno no era un impedimento para que su vida transcurriera con normalidad.



Después de la cirugía comenzaron las radioterapias. Fueron exactamente 24, a lo que le siguieron seis quimioterapias. Según cuenta Amalia, este procedimiento no produjo consecuencias en su cuerpo. “Nunca me dieron mareos ni se me cayó el pelo, como en cambio sí vi que les sucedió a algunas de mis compañeras que asistían a las terapias”.

La excelente reacción de su cuerpo se la atribuye a su fe y oraciones. “Nadie diferente a Dios podía haber hecho el milagro de que me sintiera tan bien a pesar de tantos procedimientos”, dice. Antes de comenzar la ‘quimio’, Amalia siempre llamaba a la enfermera encargada de este procedimiento para que oraran juntas por la terapia que le harían ese día.

Sus hijos, 3 hombres y 2 mujeres, son tan devotos como ella. Por eso, decidieron encomendar la vida de su madre a Dios y acompañarla en el proceso. “Yo sé que mi mamá es muy fuerte, pero el hecho de que la noticia de su cáncer de mama se hubiera producido tan cerca de la muerte de mi padre, me hizo sentir una gran tristeza.

Llegué a pensar: ¡Cómo puede ser que ahora se vaya a ir mi mamá!”, dice su hija Estela Anaya Guerra. Sin embargo, reconoce que fue su madre la que terminó dándole ánimo ante la noticia. Aún recuerda que cuando supo el diagnóstico, le dijo: “hija, hay peores cosas en la vida, esto se supera. Dios para todo tiene un propósito”.

Cuando la vida parecía darle una tregua a Amalia, todo cambió. Con 76 años, la vida le dio un nuevo remezón: tras ir al médico de urgencia por lo que pensó, era un dolor fuerte de estómago, le encontraron un pólipo maligno. Volvió a una sala de cirugía, esta vez le cortaron parte del intestino grueso por medio de una colostomía.

La vida de Amalia está ligada al cáncer por herencia familiar. Su madre, Carolina Guerra, falleció de un cáncer linfático hace 25 años y sus 10 hermanos no se han salvado de tenerla. “Afortunadamen-



te mis hijos y nietos jamás han tenido que pasar por algo así, pero mis hermanos y yo sí la heredamos”, cuenta esta mujer oriunda de Montería.

En su casa el cáncer ya es visto como una enfermedad normal. “No sé si es por lo que la hemos tenido tan cerca, pero la verdad es que no nos asusta como le sucede al resto de gente”, dice ella con esa tranquilidad que la caracteriza.

De nuevo al quirófano

Hace año y medio, algo alarmó a Amalia. Su brazo izquierdo, del que le habían extraído uno ganglios en el primer cáncer, estaba demasiado enrojecido. Su hija arregló una cita y el médico tratante le mandó unos antibióticos. Pero cuando Amalia tuvo una nueva cita, el médico no solo revisó su brazo, sino que examinó su seno izquierdo.

En el momento en que la tocó, notó que detrás del pezón había una bolita que no le gustaba y le pidió una mamografía. En



este examen se detectó un nódulo que aún estaba desarrollándose. Como la genética de Amalia está predispuesta al cáncer, el doctor sugirió una cuadrantectomía para retirarlo. A pesar de su edad, ella se sometió a la cirugía, según cuenta, sin ningún tipo de miedo a la anestesia ni al procedimiento. Después de haber superado tantos tropiezos de salud, Amalia quiso llevar su testimonio a los hospitales de Montería, donde acude con frecuencia para orar junto con los pacientes que tienen cáncer. Luego de darles una palabra de aliento le regala, a cada uno, una biblia. “Si mi experiencia sirve para animar a quienes viven lo mismo que viví y a que se acerquen a Dios, estoy dispuesta a seguir haciendo esta obra, porque en esos momentos difíciles en donde es importante no perder la fe”, dice ella.

La energía de Amalia es absolutamente contagiosa y sus ganas de vivir son inagotables. Su mayor secreto para estar siempre bien fue estar positiva y confiada.

Según cuenta, jamás se quejó por las pruebas de salud que tuvo que pasar o por algún dolor, pues su intención era no angustiar a su familia. “No quiero que se preocupen por mí. Sé que parece mentira, pero siempre estuve tranquila ante cada diagnóstico, sabía que mi vida estaba en manos del dueño del mundo, y que como dice la biblia: Si Él está conmigo nada ni nadie podría contra mí”, puntualiza.

Amalia no solo inspira, sino que es el vivo ejemplo de que no solo la tercera oportunidad es necesaria, sino que ¡la cuarta, es la vencida!

Ángela Pilonieta



Ángela, la Dama de Hierro

Por: Diana Romero

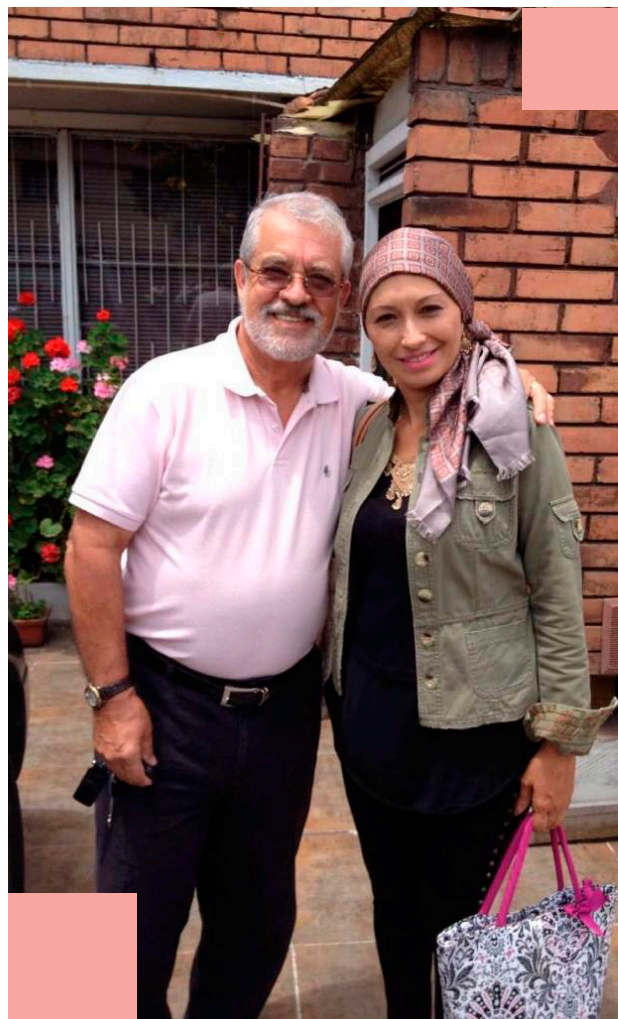
En 2015, Ángela Pilonieta era una ama de casa, que a sus 44 años ya tenía a sus 3 hijos, mayores de 20 años, viviendo fuera de casa. La misión de cuidarlos y dejar el trabajo y el estudio por dedicarse a ellos, se había cumplido.

Ahora, su vida transcurría entre el gimnasio y las reuniones con amigas para conversar, hacer manualidades, pintar sobre madera y ayudar a decorar tortas. Hacía 11 años, se había trasladado a la ciudad de Cúcuta con su esposo.

Tres años atrás, en el 2012, Ángela sintió unas bolitas en el pecho, pero en medio de su desparpajo y serenidad para llevar todas las situaciones en la vida, no les prestó atención. Pensó que eran “bolitas de agua” que en cualquier momento iban a desaparecer.

Transcurrió el tiempo y sólo hasta que tuvo que viajar a Bogotá para un evento familiar, fue que aprovechó para ir a consulta con su ginecóloga de años atrás. Le contó de sus bolitas y la doctora le envió una biopsia, pero Ángela, archivó las órdenes a su regreso a Cúcuta.

Algún tiempo después decidió practicarle la biopsia, pero con la necedad que la caracteriza, lo primero que hizo fue llamar a una amiga médica por teléfono y leerle los resultados. La amiga, en su ética profesional, solo le indicó: “Ve al médico”.



“Nunca crees que te va a pasar”

Se acercaban las fiestas decembrinas y Ángela fue a visitar al médico para conocer el diagnóstico de sus “bolitas de agua”. Llevaba 2 años desde el primer día en que las vio aparecer en su pectoral, pero como nunca había pensado en cáncer, no les había prestado atención.

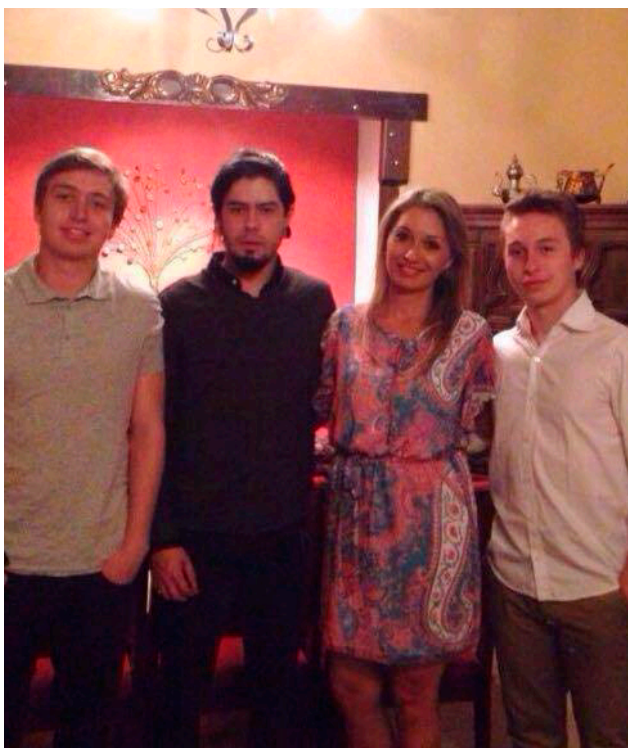
Ese mismo día, el 18 de noviembre de 2015, supo que tenía cáncer de mama. Debía someterse a una cirugía cuanto

antes. Pero ella seguía sin entender lo que le estaba pasando. Le pidió a su médico que postergara la cirugía para enero, porque no quería aguarle la fiesta a su familia en época de Navidad. Una vez más, Ángela pensaba en todos, menos en ella.

“Nunca me vieron llorar, mi esposo y hasta el médico me decían que si no entendía lo que me pasaba. Incluso muchos llegaron a pensar que había entrado en estado de negación”, cuenta Ángela entre risas.

Pero nada de eso. Lo que le pasaba a Ángela era que su fe era más fuerte que el diagnóstico. Para ella, que siempre había sido una fiel creyente, ahora era el momento de la prueba: “Todos los días hacía el devocional y uno de esos días, Dios me habló a través de la palabra y me dijo: “No morirás”. Por supuesto, yo le creí”.

Luego de la cirugía, a Ángela le enviaron un examen llamado “Mammaprint”, que



busca medir el nivel de riesgo de los tumores para poder tomar medidas en cuanto al tratamiento. Luego de que el examen fue enviado a Alemania y al cabo de 2 meses, el resultado fue contundente: tenía un tumor de alto riesgo que la obligó a un tratamiento de quimioterapia por 1 año.

Durante ese año, tuvo que trasladarse de nuevo a Bogotá para las “quimios”, y solo hasta ese momento sintió que su enfermedad era en serio. “Por fin veo que eres humana”, le decía su médico.

Pero la angustia y la ansiedad habían llegado ante el temor de comenzar a perder su cabello. Ángela era muy vanidosa y lo último que quería era estar calva. Pero de nuevo, al mal tiempo, buena cara. Una amiga le dijo: “Qué te vas a preocupar por tres pelos bien horribles que tienes, mejor que te crezca nuevo cabello”.

Lo que para cualquiera podría haber sido el peor insulto, para Ángela fue una revelación. Su amiga tenía toda la razón. Ahora no solo le iba a crecer nuevo y mejor cabello, además, ahora sí podría usar las pañoletas y pelucas que años atrás había comprado por gusto.

“Todo tiene un propósito y yo lo entendí desde el primer momento. Si Dios permite que esto me pase, es porque él tiene el control de todo”, dice Ángela, quien muchas veces se sorprende al ver que el miedo salió de su vida para siempre.

Ángela y sus apodos

Durante sus sesiones de quimioterapia, Ángela conoció a muchas personas que fueron sus nuevos amigos en Bogotá. Desde enfermeras hasta pacientes, todos ellos eran la motivación para ir

cada viernes a las sesiones.

“Yo esperaba que fuera viernes para ir a las ´Quimios´ y ver a mis amigos de la Clínica”, dice con nostalgia, aunque cada vez que puede, vuelve a ese mismo lugar a visitar enfermos y darles su voz de aliento.

Sin embargo, su personalidad evasiva no cambiaba, y muchas veces se escapaba de las sesiones. El esposo de una de las pacientes le puso el apodo de ´El Chapo Guzmán´. Semejante comparación con uno de los presos fugados más famosos de la historia, no era exageración.

Sus compañeros de quimioterapias no podían entender cómo alguien podía dejar de ir a su tratamiento. Pero para Ángela, muchas veces había cosas más importantes, como ir a hacer compras o

irse de paseo. Sin embargo, hoy en día reconoce que no se puede ser tan “folclórico”.

Cuando piensa en el por qué desarrolló cáncer de mama, no solo reconoce que le faltó juicio para ir al médico, también acepta que no comía en horarios habituales, que exageraba su rutina de ejercicio diario, que no estaba bien emocionalmente, entre otros factores que influyeron.

Hoy en día su dieta se basa en pescado, avena, almendras, y eliminó el azúcar de su vida porque piensa que si el cáncer se alimenta del azúcar, ella “lo va a matar de hambre”. Así es Ángela de radical. No en vano muchos amigos también la apodaron: La Dama de Hierro.





Carolina |
▼ **Amador**

Un post te puede salvar la vida

Por: Francesca Fichera



A sus 32 años, Carolina Amador tenía todo lo que una mujer joven quisiera tener: una carrera exitosa, una familia unida, una pareja, y toda la vida por delante.

Como cualquier profesional dedicada, sus días transcurrían entre reuniones de trabajo, correos electrónicos, trancones, viajes y proyectos a futuro.

Su ritmo de vida, como el de la mayoría de personas hoy en día, no permitía distracciones de ningún tipo. La salud nunca había sido un tema de mayor preocupación para ella, incluso su familia podía contar con la fortuna de no tener antecedentes de cáncer recientes.

Por todas estas razones, para Carolina el cáncer no existía, ni estaba dentro de sus pensamientos. Era una realidad

ajena, un concepto distante que no le quitaba el sueño en las noches. Sin embargo, las cosas estaban por cambiar.

Un día, mientras revisaba las redes sociales, algo la llevó a poner sus ojos en un post muy especial. Era una publicación creada por una campaña de prevención de cáncer de mama llamada “Más que tocarse una teta”, apoyada por la Fundación Salud Querida del doctor Sebastián Quintero, reconocido mastólogo y oncólogo.

En él, la modelo Toya Montoya invitaba a las mujeres a dedicar cinco minutos de su tiempo en el autoexamen de detección temprana, pues su hermana había padecido esta enfermedad.

En medio de su agitada jornada laboral y sin razón aparente, Carolina decidió seguir las indicaciones del post y hacerse el autoexamen de seno. A los pocos segundos sucedió algo que le cambiaría la vida por completo: se encontró un tumor. Inmediatamente llamó al doctor Quintero, quien ha sido su amigo desde la infancia.

Al día siguiente, la diagnosticaron con cáncer de mama.

La devastadora noticia vino acompañada de una luz de esperanza. El cáncer había sido detectado a tiempo, por lo que el tratamiento iba a poder salvar su vida. Ahí entendió que si ese post no hubiera llegado a ella en el momento en que llegó, tal vez no



tendría una segunda oportunidad y sus sueños morirían prematuramente, sin realizarse jamás.

Con la luz al final del camino, Carolina emprendió el difícil camino hacia la sanación.

Tomó la decisión de no preguntarle a nadie sobre su experiencia con la enfermedad, ni tampoco consultar en Internet. No quería condicionar su mente hacia lo que estaba por experimentar. Resolvió descubrir el camino por sí misma, paso a paso.

Durante ese año de quimio y radioterapias, el cáncer le recordó el

valor real de la vida. El amor de su familia, amigos y compañeros de trabajo la mantuvo al frente de la batalla. Le enseñó la importancia de cada segundo, de cada respiración, pues ya no los daba por sentados.

El día que decidió raparse, pues ya se le estaba cayendo el pelo por el tratamiento, aprendió que el cáncer puede ofrecer una liberación, un desapego de lo material y de las vanidades que en el mundo actual nos roban tanta energía y atención lejos de lo verdaderamente importante. Lejos de lo esencial.

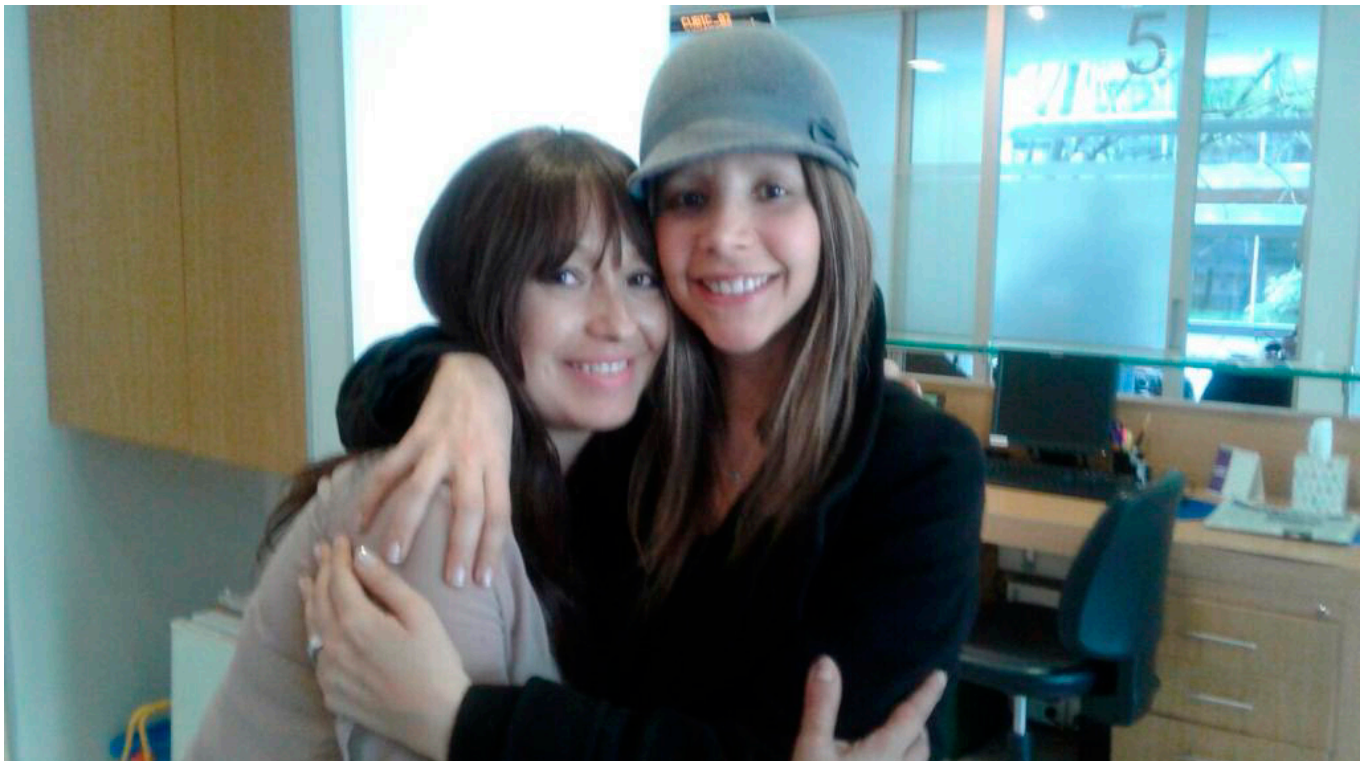
Esa nueva mirada hacia la vida trajo consigo nuevas alegrías, mucho más simples pero a su vez más genuinas. Entendió que poseía una fuerza interior capaz de hacerla parar todos los días y seguir con su vida, a pesar del dolor, a pesar del miedo y de los cambios físicos y emocionales que estaba atravesando.

Renovó su fe, que desde que comenzó el tratamiento y hasta el día de hoy le ha dado la fortaleza necesaria para seguir adelante, reconstruir su vida y tratar de apoyar a quienes están hasta ahora empezando a entender cómo es vivir con esta enfermedad.

La experiencia llevó a Carolina a liderar la campaña Brahma Guerreras Rosa, con la esperanza de difundir el mensaje de prevención y detección temprana de cáncer de mama. Un proyecto que va más allá de las recomendaciones médicas, pues como sobreviviente

ahora entiende que la salud significa mucho más que cuidados físicos: significa amor por sí misma y amor por quienes hacen parte de nuestro entorno.

Una campaña que través de redes sociales puede estar salvándole la vida a una mujer en este momento, como le sucedió a ella años atrás. Solo con un simple post.





Ivania |
Romero

“El cáncer es una montaña rusa, nunca sabes qué viene después”

“No estaba acostumbrada a hacerme el autoexamen, pero casualmente ese día me toqué justo en el lugar en el que estaba la bolita, que resultó siendo un cáncer de mama”. Así comienza a relatar su historia Ivania Romero, una mujer que hoy tiene 43 años y que hace 12, con tan solo 31, se enfrentaba a la batalla más fuerte que le ha puesto la vida. “Sentí pánico. Desde el primer momento supe que lo que estaba palpando no era normal. Yo estaba de vacaciones y apenas regresé a Boston, en donde residía, empecé a hacerme exámenes para saber qué tenía”.

Sus días no habían sido fáciles en los últimos meses. Tan solo tres atrás había perdido un embarazo, y ahora a su vida se sumaba la incertidumbre de no saber cuál iba a ser el final de esta historia. “Para mí el cáncer era sinónimo de muerte, no sabía qué hacer, cómo enfrentar la situación, ni cuáles eran los pasos a seguir”.

Luego de la mamografía se hizo la biopsia. Los resultados se demoraron 4 interminables días. “Decidí contarle sobre esto solamente a mi esposo y a un amigo. No le dije nada a mis papás



porque no quería alarmarlos. Fueron días en los que mil preguntas recorrían mi cabeza”.

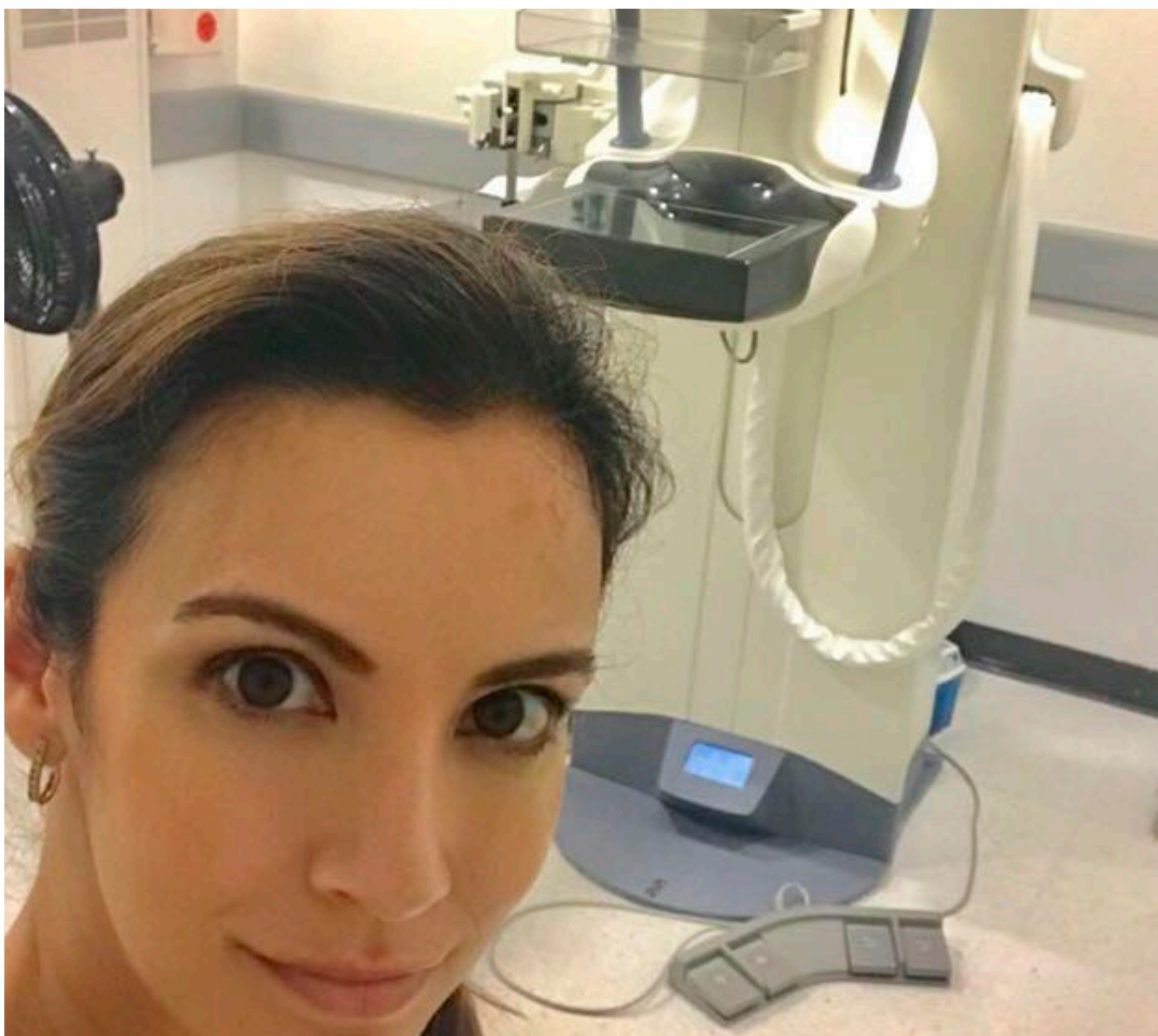
Para Ivania, el peor error, es el que cometen muchas personas al estar alarmadas por diagnóstico previo: leer en internet sobre la enfermedad sin tener los resultados en la mano y el apoyo del médico tratante. “Mi miedo se acrecentaba a medida que leía”, asegura Ivania.

El día que le confirmaron telefónica-

mente que el resultado de la biopsia arrojaba positivo para cáncer maligno, Ivania quedó paralizada. En medio de una mezcla de sentimientos encontrados, tuvo la fortaleza de plantearse qué hacer con su vida, que seguía para ella. “Llamé a un amigo colombiano radiólogo para que me ayudara a conseguir para ese mismo día una cita con una cirujana experta en cáncer de mama”, cuenta. Lo que parecía imposible se fue acercando a una solución y una esperanza para su vida. Una compañera del hospital donde trabajaba su amigo le abrió un espacio y la atendió. “Ella calmó mi llanto

y me explicó con dibujos cuál sería el procedimiento que debíamos realizar para empezar a combatir la enfermedad”. Al escucharla, Ivania sintió que empezó a volverle el alma al cuerpo y se armó de valor y le dio la fuerte noticia a sus papás. Sí, a sus 31 años fue diagnosticada de cáncer de mama y debía tomar una decisión rápida para salvar su vida. Sus padres, que vivían en Barranquilla y no dudaron en tomar el primer vuelo a Boston, la acompañaron en la cirugía donde le extirparon el cáncer (cuadrantectomía) que fue la semana siguiente. La recomendación de su médico la llenaría aún más de dudas: la doctora le reco-





mendó a Ivania visitar un médico de fertilidad para congelar embriones y así poder ser madre más adelante. Ivania soñaba con ser madre y sentía miedo porque sabía que la quimioterapia a veces causa menopausia temprana. No fue fácil, ella quería estar totalmente sana para cuando quisiera ser madre. “Esta decisión no le gustó a mi esposo, porque pensaba que si no la tomaba no iba a lograr embarazarme cuando concluyera el tratamiento,

porque para ese entonces ya tendría 36 años. Confieso que me sentí culpable de haber rechazado la propuesta que me hizo la doctora”.

Los días de ‘quimio’ y cambios de vida
Ella estaba asustada, sentía que su vida iba a empezar a estar suspendida por un tiempo y que debía ser valiente para enfrentarse a más. ¿Quedarse calva? ¿Engordar? Sabía que esto podía pasar, por suerte, su actitud positiva y carácter desparpajado, le

servió para enfrentarlo.

“Compré pañoletas de varios colores y las alternaba según mi vestuario”, cuenta entre risas. Luego de 16 quimios, una cada tres semanas, de malestares, náuseas, y días en los que aprendió que el cáncer era una montaña rusa, llegó el momento de hacer radioterapia para destruir las células cancerígenas que aún pudiera tener su cuerpo.

Ivania siente que su mayor bendición fue contar con los suyos: sus padres, hermana, su esposo y su suegra, quien casualmente dos años antes que ella había padecido la misma enfermedad. “Sentí que cuando le pasó, yo no la había apoyado del todo. Realmente nunca supe qué decirle, así que cuando pasé por lo mismo, no dudé en pedirle perdón por mi actitud. Ahora ella era la única que realmente podía entender lo que estaba viviendo”.

El cáncer cambió la vida de Ivania, quien después de atravesar un largo camino, decidió transformar su alimentación. Incluyó pescado y pollo en su dieta -antes era vegetariana-, aumentó la ingesta de frutos rojos y disminuyó considerablemente el consumo de azúcar. Comenzó a ver la vida con otros ojos: “Quería vivir, viajar, comer, disfrutar mis días. Sabía que tenía el presente y quería aprovecharlo al máximo”.

Según cuenta, después del cáncer comenzó su verdadera lucha por la felicidad. La enfermedad le permitió darse cuenta de que no era feliz en su matrimonio y luego de pensarlo mucho tomó una decisión más en su vida: se separó. “Mi esposo fue maravilloso, pero entendí que cada uno tenía anhe-

los y metas muy diferentes”.

El paso a seguir fue centrarse en su vida y en lo que le hacía feliz. Ya con el cáncer más que superado, se dedicó a escribir un blog para ayudar con su testimonio a mujeres que como ella han tenido que atravesar por esta enfermedad. Al tiempo, abrió @borronga, una cuenta de Instagram en la que da tips, habla sobre las lecciones que le dejó esta etapa y motiva a otras mujeres a seguir adelante por encima de cualquier obstáculo.

Ivania reconoce que no fue fácil todo lo vivido, que el dolor muchas veces se apoderó de ella, pero que sus ganas de vivir y el positivismo con el que se mantuvo, fueron la base de su recuperación. “Yo jamás dejé de sonreír ni de ser esa mujer alegre que he sido. Entendí que esto era un proceso que debía vivir y en vez de alejarme de la gente, me apegué a ella para sobrellevar este momento”.

La historia de Ivania tuvo un final como el de los cuentos de hadas. Regresó a Colombia hace tres años. Pero no lo hizo sola, en sus brazos traía a Salim, su pequeño hijo, quien actualmente tiene cuatro años, producto de un amor posterior a su separación. “Cuando lo veo siento que él es el mejor cierre que pudo tener mi historia y que la vida, a pesar de ser complicada, siempre nos da la revancha”.



▶ Lorena Meritano |



El día en que nació una guerrera rosa

Por: Francesca Fichera

Cuando Lorena Meritano llegó a la clínica para tomar su primera quimioterapia, el corazón se le quería salir del pecho. La angustia de no saber qué le iba a pasar, qué iba a sentir, si perdería todo el pelo, si resistiría el tratamiento completo, se apoderó de ella. No era simplemente miedo, era pánico.

Con ayuda de su madre, pidió al enfermero parar el procedimiento por unos minutos.

Se encerró en el baño. En ese lugar, secándose las lágrimas y mirándose al espejo, se empezó a hablar.

La mujer del espejo, la actriz exitosa, la argentina de carácter fuerte y decidido, estaba a punto de emprender un camino doloroso para el que nada ni nadie la había preparado. Ni la mastectomía que previamente le habían realizado, ni tampoco el hecho de haber vivido el cáncer a través de la experiencia de sus padres, le anticipó lo que estaba por atravesar.

Sin embargo, como si pudiera ver más allá del miedo y encontrando en ella esa fuerza que hasta el día de hoy inspira a miles de mujeres con cáncer de mama, sentenció mirándose a los ojos: “Vos podés”.

Ese día, nació una guerrera rosa

Para Lorena, ser una guerrera rosa no significa pelear contra el cáncer. Ese es precisamente uno de los mayores aprendizajes que ha tenido durante estos casi cuatro años de experiencia con la enfermedad. “¿Quién soy yo para ganarle al cáncer?”, pregunta, “¡semejante monstruo!”.

La verdadera lucha fue con ella misma, enfrentarse a sus peores miedos. Descubrir quiénes eran incondicionales en su vida y quiénes no. Entender quién es ella sin el título de “actriz exitosa”, sin el cuerpo perfecto, sin la falsa certeza del futuro, sola con sus cicatrices, con sus dolores del alma. Sola con su esencia.

Esa sabiduría llegó solo en el momento en que aceptó el cáncer en su vida. Cuando en cambio de luchar, lo dejó entrar, lo abrazó y le hizo la pregunta que se le hace a un maestro: “¿Qué me viniste a enseñar?”.

Para andar de la mano con el cáncer y superar 16 quimioterapias no existe un mapa preciso. Las verdaderas guerreras rosa nacen en las silentes victorias del día a día, en los abismos de la existencia y en la paciencia del amor. Ese es el incierto camino que transitan.



Lorena Meritano es una mujer que decidió entregarse con valentía a lo que la vida le tenía preparado. Y al entregarse forjó una versión de sí misma más pura y auténtica, como si el cáncer, además de maestro, fuera una fórmula alquímica que solo descubre el que está dispuesto, en cuerpo y alma, a vivir.



▼ Mery | Valencia

Mujeres ejecutivas: ¡a cuidarse, la salud es primero!

Por: Diana Romero

Mery Valencia es economista de profesión, pero toda su carrera profesional ha estado enfocada en temas comerciales. Es una mujer que pasa más tiempo en un avión, que en una oficina. Mery es ese tipo de personas que adora trabajar y estar activa. “Cuando el trabajo deje de ser disfrute, revísalo”, dice.

En medio de esas jornadas agitadas, poco tiempo quedaba para las citas médicas. Pero la vida a veces se encarga de sacudirte y decirte que debes hacer un alto en el camino. Así le sucedió a Mery hace más de 14 años.

Era diciembre, lo recuerda. Había decidido ir al médico, aun cuando nada le aquejaba. Fue como un llamado de la conciencia. Al momento de visitar a su doctora, pidió exámenes de todo, pues sabía que un tiempo atrás había sido operada de un ovario, y jamás volvió a los chequeos.

Los resultados de esos exámenes fueron devastadores: “Mery, tienes cáncer de endometrio”. ¿Qué? ¿Cáncer? ¿De qué? Todas esas fueron las preguntas que se hizo en ese momento. Y aunque ella desconocía todo del tema, tiempo después descubrió que es uno de los cánceres más comunes que existen, pero de los que menos se habla.

La doctora le agendó la cirugía para el mes de enero, y a partir de este momento, debía tomar un año sabático en su vida profesional. Pero ella no estaba preparada: justo en esa época de su vida, había decidido crear empresa y ya no podía dar vuelta atrás, pensó.

Y así fue. Tras su cirugía para extraer el tumor maligno, se sometió a 9 meses de radioterapia. Durante ese tiempo, su vida transcurría entre la clínica y su oficina. Aunque ella no tuviera muchos ánimos, no podía dejar caer su proyecto de ser independiente.

“Mi familia me apoyó mucho, en especial mi mamá. Mis hijos vivían fuera del país y no permití que se devolvieran para cuidarme”, cuenta Mery. Para ella, que siempre había sido una mujer fuerte, no había lugar para detener la vida, ni la suya ni la de nadie.

Hubo días difíciles en los que no quería levantarse de la cama. Pero justo en esos momentos, su familia se mostraba fuerte para darle ánimos. “Incluso a veces podían llegar a ser ácidos conmigo, pero así debía ser, no podían dejarme caer”, relata.

“Nunca cuestioné a Dios del por qué a mí”

Las radioterapias trajeron consigo lo que ya todos conocen: mareos, vómitos,



falta de energía, y por supuesto, caída de cabello. Eran días difíciles, pero gracias a su fe en Dios, no permitió que esto afectara su salud emocional. Por el contrario, recuerda con asombro que tuvo muchos sueños fantásticos y a partir de ese momento, su visión de la vida y de las personas cambió.

Ya no pensaba en el futuro, ahora quería vivir el presente. Aprendió a valorar los momentos y a las personas con más fuerza. También empezó a decir “te amo” con más frecuencia. Cada día que avanzaba en su recuperación se convirtió en una nueva oportunidad de vivir intensamente.

Incluso, hace poco, se volvió a casar. Los fines de semana los dedica a su

esposo y a la jardinería. Por supuesto, no deja de trabajar ni ha pensado por ahora en vivir en otro lugar que no sea la acelerada Bogotá.

Para Mery las lecciones de una vida agitada han quedado aprendidas. Ahora visita a su médico con frecuencia y su salud es primero. Quiere más tiempo de vida para disfrutar a sus nietos. Bien dicen por ahí que se llega a querer más a los nietos que a los hijos.

Su mensaje a las mujeres que aman trabajar y descuidan su salud es corto, pero contundente: “ámense y cuídense”, dice. Si bien el trabajo puede ser fuente de felicidad, no puede llegar el punto en que nada más importe, ni siquiera tu vida misma.